



Octubre, 1972

LA AVENTURA DE QUART 23, CON MARTIN RECUERDA

LA fortuna me permite empezar mi peregrinación teatral por Valencia, y por una empresa de ascendencia universitaria. No son malos puntos de partida. Valencia posee una de las más esclarecidas historias teatrales de España. Literatura dramática y Universidad se fecundaron allí muy tempranamente, desde los tiempos de Lorenzo Palmyreno, profesor de retórica y autor en quien se sitúa el tránsito de la comedia en latín a la escrita total o casi totalmente en castellano. La afición de los estudiantes valencianos al teatro era tal, por los años quinientos, que preocupaba grandemente a las autoridades académicas, por su repercusión en la economía y en el rendimiento de los escolares. Antes y después, la prosapia dramática valenciana está constelada de obras y autores y espectáculos, profanos y sacros, que constituyen uno de los canales más caudalosos de nuestro teatro. Por él discurrió, nada menos, el joven Lope de Vega, que allí, durante su exilio, aprendió e inventó los componentes esenciales de la comedia.

En esta Valencia, cuya realidad actual, en ese punto, no parece condigna de su abolengo (¿lo es en España entera?), se ha producido un hecho que exige urgente registro: un animoso grupo juvenil está llenando un cine ganado para el arte teatral, y lleva a él sectores de público que parecían muy ajenos al mismo. Ese público no permanece impasible ante lo que contempla: lo sacuden ramalazos de emoción, y participa activamente en la cruda ceremonia escénica. El grupo de actores se ha bautizado con el sencillo nombre de «Quart 23». Cuarte 23: es la dirección del antiguo Cinema Valencia, en el viejo corazón de la ciudad, donde han plantado los reales. Y donde los arriesgan, noche tras noche, para sufragarse tan insólita aventura. El grupo se denominó antes Teatro Club Universitario y Studio Teatro; comenzó sus actividades en 1966, y la nómina de los autores que ha representado informa elocuentemente de sus ambiciones (a cualquier compañía, por sus obras la conoceréis): Frisch, Büchner, Arrabal, Valle-Inclán, Pinter, Dürrenmatt, Ionesco, Beckett, Strindberg, Alberti, Enciso-Olmo... El escritor elegido esta vez, el de su triunfo más estimulante, ha sido José Martín Recuerda; y la obra, *Las salvajes en Puente San Gil*.

Si el cotarro universitario madrileño me lo permitiera, habría ido a Valencia, de tren a tren, para contemplar ese notable fenómeno. Pero, entre el tren que va y el que vuelve, puede haber un par de juntas convocadas con urgencia, o una sola que dure lo que un largo recorrido ferroviario. De este modo, aunque empiezo por buen lugar, procedo con mal método, ya que escribo de lo que no he visto; sin embargo, no lo hago sin fundamento, porque dispongo de un nutrido «dossier» periodístico que testimonia con unanimidad sobre el suceso. Los pequeños y naturales reparos que la prensa de la ciudad ha puesto, en algún caso, al espectáculo, no empañan el reconocimiento de la magnitud del éxito; y los elogios al autor, al director Antonio Díaz Zamora y a la compañía entera, se formulan con la esperanza, con el deseo de que la aventura de Quart 23 no sea efímera.

No esperaba esta resurrección de *Las salvajes en Puente San Gil* (¡se esperan tan pocas cosas buenas o convenientes o necesarias!), pero tampoco me ha sorprendido. Lo que me produjo sorpresa fue que su estreno, hace nueve años, en el teatro Eslava de Madrid, no se tradujera en un triunfo fulminante. ¿Por qué? Si no recuerdo mal, las representaciones tuvieron lugar en los umbrales del verano. Quizás el marco no fuera tampoco el más adecuado; los espectadores idóneos para aquel drama, tal vez no frecuenten

dicho local; y era plato insólito para los habituales. Me llevó a ver la obra mi, entonces, impenitente curiosidad, sufrí su zarandeo y salí persuadido de que nuestro teatro acababa de enriquecerse con un escritor de verdadera importancia. Entre mis sentimientos, no era menor el de gratitud a Luis Escobar, a quien, sin duda, su fe en el autor había empujado a correr evidentes riesgos.

Esta tragedia bronca, desgarrada, directísima, había salido de la misma pluma que tiñó de desaliento *El teatrillo de don Ramón*, la obra con la cual, cuatro años antes, había obtenido Martín Recuerda el Premio Lope de Vega. ¿Cómo era posible? El mismo lo ha explicado; del estreno del drama premiado, extrajo una importante lección: «que hay que dar la cara en el teatro, sublevando los ánimos y luchando, frente a frente, con el público. Me prometí —dice— que mis personajes se rebelarían siempre, que exaltarían siempre las conciencias, que gritarían, que no se dejarían hundir en ningún momento». Todo un programa de estética dramática, que *Las salvajes...* desarrollaba abiertamente; para algunos, escandalosamente.

El público que no asistió al Eslava ha podido conocer el drama por sus varias ediciones y por una versión cinematográfica. No conozco ésta, e ignoro por tanto si habrá acertado a comunicar la violenta requisitoria a las conciencias que el autor lanzaba desde la escena, que lanza hoy desde Quart 23. Es, simultáneamente, la denuncia de la lujuria nacida de la represión, y del odio inmisericorde que engendra esa misma represión cuando se enmascara con el sacrosanto nombre de moral. Aquellas pobres salvajes, aquellas desdichadas coristas de revista pueblerina que se disponen a debutar en Puente San Gil, son el holocausto que se sacrifica al furor erótico y a la violencia presuntamente saneadora. No abundan en nuestra literatura dramática escenas tan impresionantes como el asalto del teatro por los mozos enardecidos y defraudados a causa de la prohibición del espectáculo conseguida por los bienpensantes del lugar. Ni como la muerte del Arcipreste a manos de las coristas, que vengan a su compañera Cucuna, víctima del asalto, igual que furias, que desgarradas sacerdotisas de Némesis. Ni como aquella que cierra la tragedia, cuando las asesinas marchan al camión celular cantando el «Porompompón», himno esperpéntico de no se sabe qué, de su desventura, de su arrogancia, de su inconsciente esperanza en una España donde aquel drama no pueda suceder.

Martín Recuerda es un predicador de la comprensión, de la caridad. Me parece que está en la descendencia de Galdós, en su temple; y con una misión que, por desgracia, es aún (¿cada vez más?) necesaria. *Las salvajes...*, en manos de un director, de unos intérpretes vocados tal vez a esa misma empresa misionera, y ante un público ávido de sinceridad, han hallado por fin su hora, nueve años después. En la obra hay, cómo no, circunstancias que se prestan a disentir, porque está hecha a golpes de corazón, sufriendo, desmelenadamente. Pero hacen falta dramas así: tiempo habrá de peinarlos literariamente y de aquietarlos, si hubiere lugar.

Creo que si la experiencia valentina se repitiera en Madrid, en Barcelona, en todo el país, correría idéntica suerte. Como si se representaran otras obras de compañeros de generación de Martín Recuerda, estrenadas en condiciones precarias, a destiempo o sin estrenar. De algunas de ellas trataremos este verano. Quede, por hoy, constancia de nuestra alegría y de nuestra felicitación a Quart 23. ■